

GEPOLÍTICA DE UNA COYUNTURA PLANETARIA FINAL

LA INDIA PRETENDE DESDE HACE YA LARGO TIEMPO LA HEGEMONÍA POLÍTICA TOTAL EN EL ASIA MERIDIONAL.

Jiang Zemin. Presidente de China

Con los cinco experimentos nucleares que Pakistán acaba de efectuar, en el desierto de Beluchistán, en respuesta a los cinco experimentos nucleares de la India, el Asia Sudoriental oscila abruptamente en la «gran historia»: la existencia político-histórica planetaria de las naciones no se define, de ahora en más, sino por su calificación al nivel de la disuasión nuclear metaestratégica. Hasta el presente, la sola potencia nuclear asiática era China, y es por oposición a China que hay que intentar estimar ahora la importancia de la emergencia metaestratégica continental de la India y no, como se tendría tendencia a hacerlo, en relación a Pakistán. La confrontación nuclear continental, a la hora actual, ha llegado a ser implícitamente la de la India y China, dado que Pakistán no desempeña allí - a pesar de sus pretensiones y de sus esfuerzos - más que un papel de diversión suplementaria, de refuerzo - en principio - del campo anti-indio de China, al cual se podría eventualmente agregar, a continuación, Corea del Norte.

En efecto, la geopolítica total del Gran Continente eurasiático, geopolítica revolucionaria de vanguardia, que

plantea el concepto imperial final de la integración de la Europa del Oeste, de la Europa del Este y de Rusia, de la Gran Siberia, de la India y del Japón, en el campo de una misma predestinación metahistórica original, excluye formalmente a China de la definición activa de la unidad gran-continental eurasiática. Es igualmente de algún modo contra China que se constituye, hoy, la unidad en marcha del Gran Continente, que ésta vendrá a polarizar negativamente. Lo que hace que, frente a China, la India



se encuentre sostenida por el potencial metaestratégico continental de Rusia y Francia e incluso, en principio, también por el de Gran Bretaña. La unidad gran-continental es una unidad dialéctica.

Por otra parte, la confrontación nuclear sino-india en el Sudeste asiático implica para el Japón la obligación imperiosa, a más o menos breve plazo, de una decisión estratégica inexorable que, una vez manifestada, vendrá a sumarse al campo gran-continental polarizado, en la región, por la India. Y esto a pesar de la psicopatología nacional japonesa respecto de todo armamento nuclear.

Todo pasa, pues, como si la historia eurasiática inmediatamente por venir sea la del cercamiento nuclear de China, y de las potencias medias de su esfera de influencia directa en el Sudeste asiático, por el conjunto de las potencias imperiales gran-continentales pertenecientes a la línea política del eje París-Berlín-Moscú-Nueva Delhi-Tokyo.

La actitud cierta de Estados Unidos respecto de este estado de hecho se encuentra inscrito de partida en los datos geopolíticos fundamentales de la situación: porque no solamente la confrontación decisiva por venir - y que incluso ya se puede tener por actual - entre el Gran Continente y Estados Unidos corresponde a las líneas de fuerza del antagonismo ontológico fundamental entre la «potencia continental» y la «potencia oceánica», sino que es también en adelante cosa segura que la construcción política de la Más Grande Europa - cualesquiera que sean los obstáculos, los retardos, los impedimentos que las potencias negativas obrando en la sombra se empeñen en oponerle, más y más - vendrá a término para constituir de modo irreprimible una barrera a la realización final del «gran designio» hegemónico planetario de Estados Unidos. La entrada en pleno de la Más Grande Europa en el juego dialéctico por el dominio imperial planetario, se sabe ya, va a terminar a reducir a Estados Unidos al estatuto de potencia secundaria.

Será entonces forzoso para Estados Unidos probar unificar sus esfuerzos de neutralización de la Gran Europa con la voluntad de resistencia de China frente a su encercamiento continental. Lo que nos va a llevar a una gran alianza Pekín-Washington, en la que China ofrece a Estados Unidos una cabeza estratégica mayor al Este del Gran Continente, y Estados Unidos asegura a China la apertura planetaria de su potencia imperial gran-oceánica.

Al mismo tiempo, la acción ofensiva anti-continental permanente de Estados Unidos encuentra actualmente, al interior mismo del espacio geopolítico propio del Gran Continente, un formidable dispositivo de reverberación conspirativa y revolucionaria, a saber el del Islam Fundamentalista, que viene a agregarse, a todo lo ancho del

flanco meridional del Gran Continente, al hecho de la imposición activa de la fortaleza geopolítica de China, cuya irradiación negativa desestabiliza y bloquea interiormente el frente del remate extremo-oriental del Gran Continente frente al Japón.

El libro reciente de un alto funcionario francés, Alexandre Delvalle, *L'Islamisme et les Etats-Unis, une alliance contre l'Europe*, publicado en las Ediciones L'Age d'Homme, París, 1998, dice todo lo que debe decirse actualmente sobre el problema de la utilización metaestratégica ofensiva del Islam Fundamentalista por Estados Unidos en su combate permanente contra la renovación europea gran-continental, a la hora presente en curso de afirmación decisiva y de auto-definición imperial revolucionaria.

En esta coyuntura planetaria final, la misión particular de Francia - o más bien del Polo Carolingio gran-continental políticamente instalado por el general De Gaulle, el Eje Francia-Alemania - sería entonces la de la potencia predestinada a reunir, a polarizar tanto ideológicamente como en los términos de una misma comunidad de destino, el conjunto de las partes geopolíticas constituyentes del Gran Continente eurasiático frente al desafío de Estados Unidos y de China y de la utilización subversiva que Estados Unidos hace actualmente del Islam fundamentalista en su batalla a cubierto contra Europa.

El polo planetario del Gran Continente eurasiático, de orientación y de opción espirituales, se opone pues, abiertamente, a las posiciones materialistas del Eje Washington-Pekín, así como a la influencia y a los mandamientos, a la vez manifiestos y completamente ocultos, de la mundialización propagada por Estados Unidos que, bajo el disfraz del avance de su hegemonía económica planetaria, aspira al cambio, a la larga, de la civilización ontológica del ser que es la nuestra, y hasta de la condición humana misma, tal como la entienden las concepciones tradicionales europeas, hinduistas y japonesas fieles al misterio de la «luz del ser».

Situación de la que se sigue igualmente que, frente a las actuales empresas de penetración político-económica de Estados Unidos en África, Europa debe entablar de urgencia una contra-intervención ofensiva en América Latina, que geopolíticamente es a Estados Unidos lo que África es a Europa, un continente de desdoblamiento y de reverberación geopolítica inmediata.

Las posiciones europeas de intervención político-revolucionaria profunda son, a la hora actual, extremadamente seguras en Argentina y Chile, los dos países a partir de los cuales una empresa de integración revolucionaria ofensiva del continente sudamericano aparece como inmediatamente concebible.

Sin embargo, ocurre que, en último análisis, el problema de la próxima identidad planetaria de la historia mundial resulta ser, a la hora presente y en el actual estado de las fuerzas en competición abierta, el problema de la disponibilidad de Francia respecto de su propia predestinación profunda, oculta, abisal, que exige que tome sobre sí el dirigir la marcha adelante de la integración metahistórica gran-continental actualmente en curso, y que ella llegue a conducirla a su término imperial último.

Para esto, sería necesario que una voluntad francesa nueva, inesperada, se levante hoy en Francia, para enderezar las disponibilidades profundas de la predestinación providencial más secreta de Francia, movilizándolas revolucionariamente, polarizándolas con fuerza en el sentido de una recuperación ofensiva total, de un otro comienzo de la historia francesa de Europa y del Gran Continente eurasiático en su conjunto. De otro modo dicho, que una cierta Francia Secreta se levante de repente - y como milagrosamente - ante la evidencia del desastre de su decadencia actual, para imponer el soplo salvador de un nuevo ascenso del ser, a fin de que «todo entre de nuevo a la zona de la atención suprema». Nada más, a fin de cuentas, que lo que se espera secretamente desde siempre, ninguna otra cosa que el advenimiento al poder político-histórico final de una cierta Francia Secreta.

El presidente chino Jiang Zemin acaba de declarar que la *India pretende desde hace ya largo tiempo la hegemonía política total en el Asia meridional*. El presidente chino Jiang Zemin no se engaña en absoluto. En efecto, la India pretende desde hace ya largo tiempo la hegemonía política total en el Asia meridional, sólo que no por su propia cuenta, sino por cuenta de esta unidad imperial gran-continental cuya llama viva, trascendental, mantiene subterráneamente cierta Francia Secreta.

De hecho, se sabe que Rusia rehusa todo diálogo político profundo con Francia sola, al igual que con la sola Alemania, pero que, por el contrario, se encuentra enteramente dispuesta a proseguir y a reforzar más y más un diálogo político decisivo con el Eje Franco-Alemania. Tal es también, por lo demás, la actitud de la India respecto a Europa del Oeste, además con la exigencia confidencial, para India, de adjuntar Rusia a su diálogo gran-continental con Francia y Alemania.

El desplazamiento del centro de gravedad crítico de la actual política gran-continental desde el Oeste hacia el Este es también una de las características fundamentales de la evolución metaestratégica de la situación en curso, cuya significación puede no aparecer como evidente, pero que no es por ello menos decisiva para toda interpretación activa de esta nueva versión del *Drang nach Osten*.

Se sabe, en efecto, que todo desplazamiento del centro de gravedad política hacia el Este implica, anuncia y funda el comienzo de un nuevo gran ciclo histórico. El despedazamiento actual de Rusia sobre los escombros alucinados de su propia aventura marxista concluida con el fin de milenio, el mismo casi ya concluido, es igualmente otro signo mayor, porque es seguro que el gran destino por venir de la Nueva Rusia concernirá de una manera directa el conjunto del devenir político-histórico del Gran Continente eurasiático y que, de todos modos, Rusia permanecerá siendo, como lo decía Aleksander Duguin, «el puente de Europa en dirección a la India».

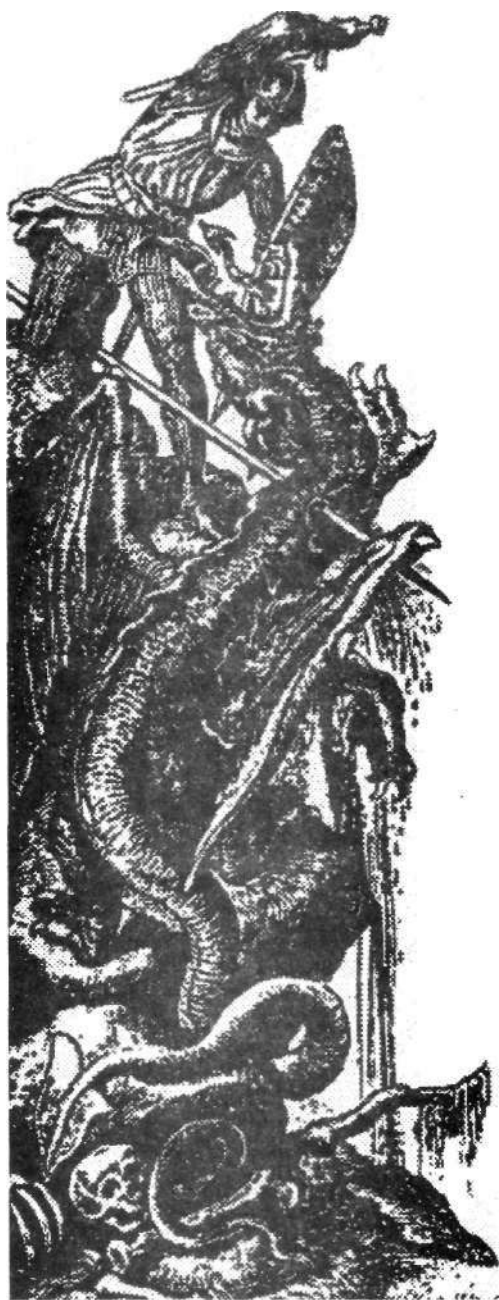
El compromiso gran-continental del Polo Carolingio franco-alemán respecto de la India y del Japón pasa entonces por Rusia - por la Nueva Rusia -, cuyo desarrollo eurasiático total comprende en su centro el *heartland* fundamental de sir Halford Mackinder, el «*heartland* final y supremo» del Gran Continente.

En los dos extremos del Gran Continente eurasiático, la India al Este y Francia al Oeste sufren juntas la atracción predestinada, la solicitud geopolítica permanente del Sur, la India por el océano Pacífico y Francia en relación con el océano Atlántico. Y más particularmente para Francia en dirección del Atlántico meridional, cuya llamada la movilizará siempre hacia América Latina y hacia la Antártica. Porque es en la Antártica, algunos ya lo saben, que deberá jugarse el más alto destino, el destino final del Gran Continente eurasiático. Hay allí uno de los secretos últimos de la geopolítica trascendental, un secreto con el cual tendremos que contar inexorablemente en lo venidero.

También ha llegado el momento, para Francia, de librarse de las rutinas fatídicas de su historia convencional, para abrirse a su última, a su más grande predestinación oculta.

Porque la historia del mundo llega en el presente a uno de sus giros decisivos, un giro de conclusión y de recomienzo que, con el inicio del tercer milenio, marca el retorno a sus propios orígenes anteriores: por primera vez desde hace diez mil años, los pueblos del Gran Continente eurasiático se encuentran en estado de poder reconstituir la unidad anterior de su identidad original de ser, de conciencia y de destino, desde la Europa del Oeste hasta la India de nuevo dueña de su propio devenir político-histórico. Un gran ciclo metahistórico está en vía de acabamiento, encerrado sobre sí mismo, su fin reuniendo sus comienzos. Así el fin de un mundo anuncia el recomienzo de otro.

Más allá de las circunstancias políticas inmediatas, que pueden actualmente parecer decepcionantes, incluso catastróficas, la reunificación por venir del Gran Continente eurasiático está trascendentalmente inscrita en el devenir



histórico en curso, y nada podrá ya detenerla. Con el dominio final de los Polos, de los continentes Ártico y Antártico, el Gran Continente eurasiático va a alcanzar el dominio planetario imperial definitivo y total, el estado del *Imperium Ultimum*, el dominio de la historia final de este mundo. El dominio ontológico de la historia y del más allá trascendental de la historia, el «fin último». Y todo esto encontrándose en germen en la geopolítica activa de la actual coyuntura planetaria final, de la que nos corresponde llegar a controlar los desarrollos futuros, inmediateamente futuros. Todo es voluntad, todo es predestinación.

Porque todo esto, en el presente, se precisa muy peligrosamente. Así los «nueve días en China», a fines de junio, del presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, consagran de una manera ahora en más irrevocable la convergencia, el develamiento y la puesta en plaza del contra-dispositivo final de la ofensiva sino-norteamericana permanente contra el frente europeo gran-continental y contra sus posiciones geopolíticas decisivas.

El anuncio inmediato de las próximas maniobras navales conjuntas sino-norteamericanas sitúa, al mismo tiempo, la urgencia y la dirección de las exigencias político-estratégicas que han decidido, detrás de la cobertura económica y más allá de las justificaciones doctrinales democráticas en cuanto al problema de los «derechos humanos», la visita de Bill Clinton a Pekín, giro fundamental de la actual coyuntura política planetaria.

En el mismo instante, China, al proponer a Estados Unidos - según el *South China Morning Post*, del cual se conocen las muy estrechas relaciones con los servicios político-estratégicos de Pekín - dejar de sostener los esfuerzos nucleares de Irán y de Pakistán a cambio de la interrupción por Estados Unidos de su ayuda visible al mismo tiempo que subterránea a Taiwán, reconoce abiertamente encontrarse detrás de los recientes avances nucleares del frente subversivo revolucionario islámico en el espacio interior del Gran Continente. Las cartas han sido mostradas.

Llega a ser así totalmente evidente que el desafío en adelante abierto de la conspiración anti-continental de China y de Estados Unidos interpela al presente de una manera ineludible el frente de las decisiones profundas concernientes a las próximas contra-disposiciones metaestratégicas continentales que deberán tomar los portadores de los destinos finales del Gran Continente eurasiático, y en primer lugar Francia y la India. Francia en tanto que potencia decisiva al Oeste, y la India en tanto que potencia decisiva al Este del Gran Continente; y las contra-disposiciones de Francia y de la India respecto de la puesta en plaza de la conspiración anti-continental de China y de Estados Unidos deben acarrear, también, elecciones del destino de largo alcance de parte de Rusia.

Las líneas de fuerza geopolíticas de las futuras conflagraciones planetarias del tercer milenio están presentes, ahora van a hablar nuestra voluntad de supervivencia, nuestra conciencia abisal del destino que es nuestro.

JEAN PARVULESCO